

La voz del migrante en la historia argentina. Reflexiones sobre la novela *Santo oficio de la memoria*

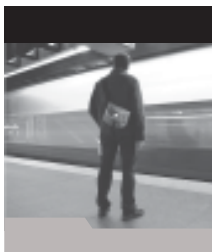
Carolina Romero
Docente Escuela
de Idiomas
Universidad Industrial
de Santander

Una vez que se han perdido, las raíces son irrecuperables. En vano el desarraigado permanece varias horas parado en una esquina, junto a un árbol, contemplando de soslayo esos largos apéndices que unen la planta con la tierra: las raíces no son contagiosas ni se adhieren a un cuerpo extraño.

Cristina Peri Rossi
Los desarraigados
A Wilson, por supuesto.

Es difícil precisar el origen de la temática del viaje en la literatura. La metáfora dantesca, la aventura cervantina, la fantástica realidad de Verne son, entre otros, ejemplos de un tópico que ha sido abordado por escritores de todas las tierras y de todos los tiempos. En América Latina, este tema ha servido a algunos artesanos de la palabra para recrear sucesos históricos que marcan de manera importante el sentido del ser latinoamericano.

Imposible desligar de la narrativa de nuestro continente los viajes producto de destierros, de exilios. La accidentada situación política de la joven América, la misma de las dictaduras que marcaron con sangre y



dolor a varias generaciones ha sido protagonista de novelas que tocan esa fibra sensible en la memoria histórica del suramericano que, por sobrevivir, ha perdido el lugar que le pertenecía. También esos viajes han sido abordados como una circunstancia inherente a la condición de seres humanos inmersos en la modernidad que salen a buscar un mejor futuro o a huir del pasado.

Mempo Giardinelli, argentino, es uno de los escritores que han abordado el tema del exilio, el destierro y el fenómeno de inmigración en varias de sus novelas. Encontramos la figura de un oficial paraguayo, Bartolo, exiliado en Argentina, en *La revolución en bicicleta* (1980). Vemos a las mujeres que escriben desde México a un padre, esposo y amante que permanece en coma profundo en una clínica de la capital argentina en *Visitas después de hora* (2002), allí en medio de recuerdos se teje una Buenos Aires protagonista de sueños, también de pesadillas. No olvidamos *Qué solos se quedan los muertos* (1985), un homenaje a México en la voz de un inmigrante argentino.

En medio de una narrativa que compila personajes viajeros, exiliados, desterrados, migrantes, encontramos a la familia italiana que protagoniza *Santo oficio de la memoria*¹. Los Domeniconelle Stracciativaglini a través de pequeños monólogos cuentan su historia mientras parecen esperar a que el último hombre de la estirpe regrese de un largo viaje a México. Pedro, último varón de la familia es un exiliado itinerante, un ingeniero que lleva un cuaderno de viajes en el que apunta además de las impresiones concernientes a autores y obras literarias, un manojito de conocimientos acerca de la historia de su familia.

Leer *Santo oficio de la memoria* es fundirse en la Buenos Aires que nacía del vientre de una Europa desangrada, entrar en las calles sórdidas que escuchaban los primeros tangos mezclados con la voz de una sabia anciana, Angela, arrancada de su Italia dejando dos pequeños hijos, una mujer sin educación que forma parte de esos miles de italianos que llegaron por Argentina a labrar la nueva América. Ella refugia el dolor de una vida maltrecha en la palabra de Dante y de Virgilio. Ella, que sólo lee literatura fuera de Italia y la trae a Argentina como un pedacito de tierra que no deja morir nunca, es la abuela, la matriarca que pese al asesinato de su esposo cría a su hijo Gaetano y recorre tres generaciones de una familia asistente al fenómeno que atraviesa la historia de los países de Latinoamérica: la inmigración.

Inmigrar es una acción casi natural en la historia de la humanidad, gracias a este suceso existe el llamado Nuevo Continente. No obstante, de este hecho se desprenden distorsiones como el exilio y el destierro. Entendemos el destierro como una separación de la tierra en que se vive,

¹ Ganadora del VIII premio Rómulo Gallegos en 1993.

una expatriación casi siempre por motivos políticos. Este fenómeno se convierte en exilio, según María Zambrano², a medida que se ahonda la ruptura temporal y la progresiva disolución de la esperanza queda anclada en el pasado. Giardinelli ha construido personajes que ilustran afinadamente estos conceptos, el oficial paraguayo al que ya hemos hecho referencia es el ejemplo perfecto para deslindar esta diferencia. Bartolo sufre un destierro que cree temporal; sin embargo, a medida que el tiempo corre y su situación no mejora, la expulsión (en este caso autoexpulsión, desplazamiento forzado) va encarnándose en él y en su familia de manera que la ausencia de su país, de sus raíces, de lo que lo hace en el mundo (una revolución) lo convierten en un desposeído, en un exiliado.

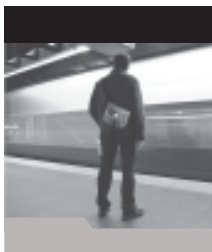
Bartolo, el oficial del ejército paraguayo, es un ejemplo del tránsito del destierro al exilio, la familia Domeniconelle contiene, como el mismo Mempo Giardinelli dice, una explicación del ser nacional argentino, una explicación desde la no explicación³ (como toda obra literaria). La novela aborda la memoria, nos traslada a las llegadas masivas de inmigrantes Europeos a Argentina a partir de 1860 hasta 1912 cuando desembarcan alrededor de ciento veinticinco mil personas en la nueva tierra: «los italianos de aquél tiempo eran así: llegaban a este país con una mano atrás y otra adelante pero todos pretendían haber sido condes, nobles» (Giardinelli, 21), narra Gaetano. La novela gira alrededor de los recuerdos de esta familia, en medio de ellos está la marca de las presencias que abordan vivencias históricas importantes: el radicalismo, el peronismo.

De igual manera, la narración del surgimiento del tango encuentra voz en las mujeres menores de esta familia que pese a las discusiones con la abuela se reúnen frente a la radio para esperar la radionovela. Ellas viven las emociones de los años adolescentes, sus aventuras amorosas a través de un gramófono. La novela recorre los arrabales doloridos de Discépolo hasta la querida Buenos Aires de Gardel, la del farolito y la muchachita en flor.

La ciudad luchaba para pasar de provinciana a cosmopolita. Por supuesto entraban todos los días barcos cargados de emigrantes europeos. Eran hombres que iban a «hacer la América» y generalmente se quedaron allá para siempre. De la masa de cientos de miles de españoles e italianos se nutrió la fuerza que impulsó a la Argentina para dar el paso de país pastoril y cerealero a ser la extensión más madura de una gran

² Citada por ORTEGA CUENTAS, Julio. «El sujeto del exilio». En: *Exilios y residencias: escrituras de España y América*. Madrid: Iberoamericana Frankfurt am main, Vervuert, 2007.

³ Extraído del reportaje de Mona Moncalvillo a Mempo Giardinelli, Revista Humor, 1991. Tomado de: http://www.literatura.org/Giardinelli/sobre_Santo_oficio.html.



El viaje, que en muchas novelas sirve como una analogía de la vida humana, nos sirve para orientarnos en la tragedia de los Domeniconelle, para entrar en el caos de las voces de todos los personajes, en el caos de la vida.

nación de la América del sur. El tango sentimental y dolorido se escondió con esa masa de hombres en los barrios sin fronteras de la ciudad que se estiraba hacia la pampa y en los conventillos atiborrados de toses y de hombres⁴

En medio de las voces melancólicas de los miembros de esta familia de descendencia italiana está Pedro, el viajero, él es a quien todos esperan en medio del temor de que sea víctima de una especie de maldición que persigue a los varones Domeniconelle, ninguno de ellos muere viejo, a todos les llega la muerte trágica antes de los cuarenta años: el abuelo Antonio, el paciente Gaetano, el soñador Enrico. También está el tonto de la buena memoria, al que nadie presta atención pero escribe, con linda letra, el que todo lo oye, el que conoce los secretos, los dolores de cada uno.

El viaje, que en muchas novelas sirve como una analogía de la vida humana, nos sirve para orientarnos en la tragedia de los Domeniconelle, para entrar en el caos de las voces de todos los personajes, en el caos de la vida. El regreso de Pedro es casi la alusión común al final de todas las entradas de los personajes, con él se marca un punto de unión entre los miembros de la familia, en su discurso siempre se meten las voces de la abuela y del tonto de la buena memoria. Con Pedro se marca el hilo conductor de la narración.

Las intervenciones que tiene este ingeniero en la novela nos dan muestra del dolor agudo que produce la extrañeza del exilio:

⁴ BLANCO AMOR, José. «El tango. Una nostalgia que debe morir». En: *Cuadernos Americanos* N° 4 julio – agosto, 1979.

Porque en el exilio yo aprendí tecnologías de alta sofisticación, y llené cuadernos de notas y apuntes con infinidad de buenos conocimientos, pero no puedo soportar las presiones de una simple, turbia historia familiar que me llama recurrentemente. Acaso iba a llegar la hora de volver. ¿Adónde? A mi propia historia inmanejable. A veces no hay otro camino (Giardinelli, 199)

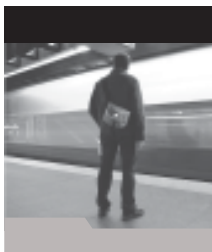
La situación que vive el exiliado está marcada por una impotencia constante, veamos nuevamente una de estas ingerencias:

[...] en 1602 estábamos mil años atrasados. Los suizos, ahora, están preocupados por un plebiscito en el que van a decidir si será obligatorio que los automóviles tengan cinturones de seguridad también en los asientos traseros, y si las cubiertas deben tener rayitas de uno punto seis milímetros de ancho. Ésa es su preocupación y no hablan de otra cosa. Los diarios no dicen una sola palabra de Stroessner; Duvalier; Pinochet. Nosotros tenemos a Videla. Seguimos en 1602 (Giardinelli, 190)

El exilio de Pedro, al que no hay alusiones directas, todos son rumores, susurros como en *Pedro Páramo*, la nostalgia que hay en cada intromisión, se convierte también en un encuentro con la identidad del personaje. El refugio en México donde el Domeniconelle se involucra con Silvina, judía, esposa de un líder de izquierda argentina también exiliado, lo convierten en un hombre distinto. Él vuelve para intentar romper el mito que persigue a los varones de la familia, a enfrentarlo; cual héroe trágico.

De esta manera, Pedro sería una metáfora de la formación del ser argentino, un individuo que se construye en medio del destierro. Encontramos en la novela la metáfora de la formación de una patria que se hace desde la migración y el exilio, una patria que tiene su origen en muchos lugares. Gran parte de los procesos políticos (las dictaduras) y culturales (el surgimiento del tango) de ese país, mantuvieron la marca de los fenómenos migratorios, en algunos casos con consecuencias positivas, en otros, lamentables.

Las dictaduras, que en nuestro continente siempre tienen historia fresca, son uno de los factores influyentes en los sucesos de destierro y exilio, con estas cicatrices políticas se formó Argentina y el continente, son esas heridas las que llevamos los latinoamericanos en la frente. Todos los personajes de *Santo oficio de la memoria*, desde las tres generaciones, muestran a los lectores parte de una nación que está germinando a la llegada de la abuela Ángela y el abuelo Antonio –inmigrantes–. Cada uno muestra una faceta distinta del hombre argentino que parece exponerse en esta novela, entre ellos,



está Pedro, quien lleva el signo de inadecuación, la extrañeza de estar en el aire, sin tierra.

No es posible terminar esta reflexión sin la siguiente frase de Octavio Paz, que el propio Giardinelli pone como epígrafe para la séptima parte de *Santo Oficio de la memoria*: «el arte no es una nacionalidad pero, asimismo, no es un desarraigo. El arte es irreductible a la tierra, al pueblo y al momento que lo producen; no obstante, es inseparable de ellos. El arte escapa de la historia pero está marcado por ella». Por fortuna, nuestra memoria escapista encuentra novelas como estás para recordarnos una parte de lo que somos, para, como lo hizo el tango en su momento, darle voz a una parte de la Historia, de las raíces. **hU**